



EL POETA-BUHO

HISTORIA NATURAL

SEÑORITO, un caballero quiere hablar á usted.
—¿Qué trazas tiene?
—Parece un empleado de *La Funeraria*.
—¡Ah! Ya sé quién es: es D. Tristán de las Catacumbas. Que pase.

Y entró D. Tristán de las Catacumbas, á quien conozco de haberle pagado varios cafés sin leche. Es alto, escuálido, cejijunto, lleva la barba partida como Nuestro Señor Jesucristo, tiene el pelo negro, los ojos negros, el traje negro y las uñas negras. Lo único que no tiene negro son las botas, que tiran á rojas.

Me dió un apretón de manos, fúnebre como él solo; el apretón de manos del Convidado de Piedra. Hay hombres que aprietan la mano como una

puerta que se cierra de golpe y nos coge los dedos. Es su manera de probar cariño.

D. Tristán habla poco, pero lee mucho. Es un poeta inédito, de viva voz; si se le pregunta cuántas ediciones ha hecho de sus poesías, contesta con una sonrisa de muerto desengañado: «¡Ninguna! Yo no imprimo mis versos: no hago más que leerlos á las almas escogidas». Para él son almas escogidas todas las que le quieren oír. Calculando el número de veces que ha leído sus versos, dice D. Tristán, usando de un tropo especial, que consiste en tomar el oyente por el lector que compra un libro, que sus *Ecos de la tumba* han alcanzado una tirada de nueve mil ejemplares. Quiere decir que los ha leído nueve mil veces á nueve mil mártires de la condescendencia.

—Pues Sr. Clarín, sabrá V. como he escrito otro libro de poesías y vengo á leérselo á V.

—¿Entero?

—Y verdadero; sí, señor. Pero tiene cuatro partes; leeremos una cada día, y en cuatro sesiones despachamos. Quiero saber su opinión de V., porque aunque á mí la crítica epitelurica me importa un bledo, porque yo tengo el pensamiento puesto en lo alto (y señalaba al techo), como esta vez acaso me anime á dar mi obra á la estampa, si se muere un tío mío, á quien ya he dedicado un canto fúnebre...

—¡Ah! pues cuente V. con ello.

—¿Con qué?

—Conque se morirá su tío de V.

—Eso creo; pues decía que si el tío me deja, agradecido, unos cuartos, imprimo el libro; y en tal caso espero que V. me tratará como merezco. Yo no pido más que justicia. Lo que quiero es que usted se penetre de esta poesía y no hable sin enterarse. Lo mejor para esto es que yo mismo lea mis versos y le haga fijarse en sus trascendentales pensamientos.

—¿Sabe V...? Me espera el barbero... Tengo una barba de tres días...

—¡Ah! ¿Usted se afeita?—exclamó el de las Catacumbas con acento de compasión... Que espere el barbero... Oiga V. la primera parte siquiera. El libro se titula *El Requiem eterno*. Primera parte: «Idilio del subsuelo».

—Le advierto á V. que el subsuelo es del dominio del Estado...

—El subsuelo es aquí el del cementerio. La segunda parte, que leeremos otro día, se titula «Fuegos fatuos»; la tercera «Responsos de mi lira» y la cuarta «Rimas de luto». Le advierto á V. que yo prescindo de la forma.

—Hace V. bien; yo que V., prescindiría de todo, hasta de la madre que me parió...

—Prescindo de la forma y me voy al fondo.

—Sí; ya sé; al fondo de la tumba. Es V. el topo de la poesía...

—¡Bonita frase! Ahora oiga V... Primera parte: «Idilio del subsuelo».

I

Llegaron los gusanos
A devorar su corazón de cieno;
En su sangre cebáronse inhumanos,
Y los mató el veneno.

—¿Qué tal?

—Que les está bien empleado. ¿Quién les manda ser *inhumanos* á esos gusanillos?

—Esto de llamar inhumanos á los seres irracionales, no es cosa mía; lo he visto en un poeta que lee en el Ateneo.

—No, si yo no me quejo. Ya ve V.: á mí, ¿qué me importa? Yo no soy gusano.

—Continuemos.

II

La llevaban á enterrar...

—Como á la Constitución.

—La llevaban á enterrar
En un ataúd muy ancho,
En el que llevan á todos

Los difuntos de aquel barrio.
El cadáver se movía
Con los tumbos que iba dando.
Yo les hallé en el camino.
—Detened, les dije, el paso.
No va *completo* el vehículo,
Aún hay sitio para ambos;
Llevadme también á mí
Que yo la carrera pago;
Poco hay desde aquí á la muerte,
El viaje no será caro...

—¿Y le enterraron á V.?

—No, señor; todo eso es un decir.

III

Exhumaron su cadáver,
Lleváronlo al panteón...

—¿Esos habrán sido los progresistas?...

—¡Silencio!

En el campo santo humilde
Sólo la tumba quedó,
Y en el hueco de la tumba
Enterré mi corazón.

Oiga V. ahora el IV. Y me leyó todos los núme-

ros romanos posibles; cuando terminó la primera parte, olía á difunto.

—¿Qué opina V.? Así, en conjunto...

—Opino que debe V. esperar, para publicar su *Requiem eterno*, alguna ocasión solemne... por ejemplo, sería de mucha actualidad en el día del juicio...

—Eso es muy tarde...

—Bueno, pues cuando se inaugure la Necrópolis...

—Señorito, el barbero espera en la antesala.

—Dígale V. que se vaya, que hoy ya me ha hecho la barba este caballero...



¡PASO!

Es terrible la vida del literato en Madrid. Entre el paseo de Recoletos y la calle del Arenal, entre el Ateneo y la Cervecería Inglesa, está toda la literatura madrileña; en cada esquina un novelista, ó un crítico, ó un orador, ó un poeta lírico, ó un autor dramático.

Tanta literatura ahoga.

Entra V. en un café, ¡qué atmósfera! Todo aquel humo ha salido de la cabeza de los cien ingenios que apuran alrededor de las mesas el único germen de inspiración que disfrutan, ¡el café!

Allí esta Fulanito, á quien V. ha dado un palo, —es la frase delicada que se usa; es el tropo insustituible, —le está mirando á V. con unos ojos que se lo comen. ¿Vé V. cómo muerde el cigarro? Pues